



Conferencia Episcopal de El Salvador

TODOS SOMOS HERMANOS

“Ámense los unos a los otros como yo los he amado” (Jn 13, 34)

MENSAJE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE EL SALVADOR CON OCASIÓN DE LAS PROXIMAS ELECCIONES DE ALCALDES Y DIPUTADOS

Muy queridos hermanos y hermanas:

Les saludamos con las palabras de Jesús durante la Última Cena: “Mi paz les dejo, mi paz les doy. No la doy como la da el mundo. No se turben ni tengan miedo” (Jn 14, 27).

En su nombre les deseamos un año lleno de fraternidad, justicia y paz.

1. Algunas preocupaciones

Somos conscientes de que nuestro deseo contrasta con la realidad que estamos viviendo, tanto por la cruel experiencia de la pandemia del coronavirus como por la situación de confrontación, falta de diálogo y de tolerancia que está causando tanto daño a la convivencia nacional.

A lo anterior se suman la tragedia de la migración forzada y los graves atentados contra la casa común, es decir, contra el medio ambiente.

¿Por qué tantos compatriotas se van del país? Los medios de comunicación y la experiencia cotidiana nos muestran el cuadro conmovedor de hermanos y hermanas que abandonan su casa y su patria para buscar un futuro mejor fuera de nuestras fronteras: son los migrantes, que viajan en grandes caravanas, en pequeños grupos o incluso solos, afrontando en su camino atropellos, peligros, humillaciones y, en ocasiones, la muerte. En este Año dedicado a San José recordamos que también la Sagrada Familia fue migrante, cuando José recibió en sueños este aviso: “Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo” (Mt 2, 13).

“Nos duele la migración -decíamos los obispos centroamericanos en noviembre del año recién pasado-, grandes caravanas de personas en búsqueda de un futuro mejor al que le pudiera ofrecer su propia tierra”. Las tormentas Iota y Eta, así como la pandemia, han incrementado este fenómeno que no debe dejarnos indiferentes. Como han dicho personas e instituciones muy cualificadas, estos fenómenos de la naturaleza están relacionados con el cambio climático.

.../2

¿Por qué tantos compatriotas que se quedan en El Salvador sufren? Porque el país no ofrece a las familias la vida digna a la que tienen derecho. Muchas viven angustiadas por la pobreza, la falta de empleo, la inseguridad, la violencia y la incertidumbre por el futuro. Un caso llamativo es la escasez de agua. Esto nos lleva a preguntarnos, como ciudadanos, por nuestra responsabilidad en el cuidado y la defensa del medio ambiente.

Como hijos e hijas de El Salvador tenemos que reconocer con humildad que no estamos cuidando responsablemente la “casa común”, es decir, el medio ambiente, que Dios creó para todos sus hijos e hijas. Consciente de ello la Iglesia ha acompañado a organizaciones de la sociedad civil, para lograr que se reforme la constitución política de El Salvador reconociendo el derecho humano al agua y a la alimentación adecuada para todos los salvadoreños. Gracias a Dios ambas reformas han sido aprobadas en principio, pero sólo entrarán en vigor si son ratificadas por la Asamblea Legislativa que resultará de los comicios del 28 de febrero.

El cuidado de la casa común corresponde en primer lugar al Estado a través del Ministerio de Medio Ambiente y recursos naturales. Por eso hemos visto con tristeza cómo se autorizan proyectos habitacionales que ponen en grave peligro la supervivencia de miles de personas. El caso más evidente es el proyecto de Valle El Ángel, en la jurisdicción de Apopa, que se construiría en una zona de recarga hídrica de capital importancia. Sabemos bien que sin agua no hay vida y por eso nos permitimos llamar la atención sobre esta realidad. No podemos jugar con la vida de nuestro pueblo.

En un país en el que se han cometido tantos pecados contra la creación, nos hará bien meditar lo que propone el Papa Francisco en su encíclica sobre la ecología: *“La encíclica Laudato si’ constata plenamente la interconexión de toda la realidad creada y destaca la necesidad de escuchar al mismo tiempo el clamor de los necesitados y el de la creación. De esta escucha atenta y constante puede surgir un cuidado eficaz de la tierra, nuestra casa común, y de los pobres (...). Paz, justicia y conservación de la creación son tres temas absolutamente ligados, que no podrán apartarse para ser tratados individualmente so pena de caer nuevamente en el reduccionismo”* (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2021, n.6)

2. La pandemia del coronavirus y la “cultura del cuidado”

Hemos entrado al año 2021 abrumados por el dolor que embarga a innumerables familias afectadas por el Covid-19, que sigue arrebatabando vidas preciosas todos los días y no cesa de sembrar incertidumbre y angustia por los contagios y las graves consecuencias que esta pandemia causa entre nosotros.

Como afirma el Papa Francisco en el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2021 debido a la pandemia «nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos

frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos”, porque «nadie se salva solo y ningún Estado nacional aislado puede asegurar el bien común de la propia población” (n. 6).

Gracias a Dios en esta dura prueba no hemos estado solos. Por eso, una vez más queremos expresar nuestro agradecimiento y admiración al personal médico y paramédico, al personal de los hospitales y centros de salud así como a tantas personas anónimas “que se han esforzado y siguen haciéndolo, con gran dedicación y sacrificio, hasta el punto de que algunos de ellos han fallecido procurando estar cerca de los enfermos, aliviar su sufrimiento o salvar sus vidas” (*Ibid.*, n. 1).

Hechos tan dolorosos como éste nos enseñan la importancia de hacernos cargo los unos de los otros y también de la creación, para construir una sociedad basada en relaciones de fraternidad (*Ibid.*). Para ello, urge construir entre todos ***La cultura del cuidado como camino de paz*** (tema de la Jornada de la Paz 2021). Sólo así seremos capaces de erradicar la cultura de la indiferencia, del rechazo y de la confrontación, que prevalece hoy en día entre nosotros.

Sí, todos lo sabemos y lo sufrimos: predomina entre nosotros la cultura de la confrontación y la cultura de la indiferencia. Es urgente combatirla con ***La cultura de paz***.

Este fue el compromiso que se asumió en los Acuerdos de Paz de 1992. Para ello debemos poner en marcha un proceso educativo basado en los valores que hacen posible la paz. La primera escuela de valores es la familia, “núcleo natural y fundamental de la sociedad, donde se aprende a vivir en relación y en respeto mutuo. Sin embargo, es necesario poner a la familia en condiciones de cumplir esta tarea vital e indispensable” (Mensaje para la Jornada Mundial de la paz, n. 8).

Con la familia deben colaborar la escuela y los medios de comunicación social. Ambas realidades “están llamadas a transmitir un sistema de valores basado en el reconocimiento de la dignidad de cada persona, de cada comunidad lingüística, étnica y religiosa, de cada pueblo y de los derechos fundamentales que derivan de estos. La educación constituye uno de los pilares más justos y solidarios de la sociedad” (*Ibid.*, n. 8). Es muy importante tenerlo en cuenta ahora que estamos iniciando un nuevo año lectivo. Necesitamos “una educación más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del diálogo constructivo y de la mutua comprensión” (Mensaje para el lanzamiento del Pacto Educativo Global).

¿Qué país queremos? ¿Qué país soñamos? ¿Qué país necesitamos? El Santo Padre lo expresa con palabras inspiradas e inspiradoras: “*Anhelo que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad. Entre todos: He ahí un hermoso secreto para soñar y hacer de nuestra vida una hermosa aventura. Nadie puede pelear la vida aisladamente. [...] Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante. ¡Qué importante es soñar juntos!*

[...] Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos. Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos” (*Fratelli Tutti*”, 8).

Nuestro santo, Monseñor Romero, compartió el mismo sueño en su última homilía dominical, la víspera de su martirio. Es como un testamento que nos confía para que lo hagamos realidad. Estas fueron sus palabras conclusivas, selladas al día siguiente con su sangre en el altar de Dios: “*La Iglesia predica su liberación tal como la hemos estudiado hoy en la Sagrada Biblia, una liberación que tiene, por encima de todo, el respeto a la dignidad de la persona, la salvación del bien común del pueblo y la trascendencia que mira ante todo a Dios y sólo de Dios deriva su esperanza y su fuerza*” (*Homilía, 23 marzo 1980*).

3. Todos somos hermanos

La coyuntura nacional está marcada por la campaña electoral que nos llevará al 28 de febrero del presente año, fecha en que elegiremos alcaldes y diputados. Como pastores de este noble pueblo lamentamos que dicha campaña se desarrolle en un clima contaminado por la falta de diálogo, la falta de respeto al adversario, la intolerancia y el desprecio. Esta forma de violencia se ha exacerbado en los primeros días de la campaña política, con un saldo de varias víctimas mortales.

Creemos firmemente que ésta no es la manera de construir un proyecto de nación. Los hombres y mujeres que habitamos en esta tierra tenemos una dignidad inviolable porque somos creados a imagen y semejanza de Dios. Tenemos derecho a vivir en paz. La situación actual contradice este proyecto de Dios porque “**la paz y la violencia no pueden habitar juntas**” (n.3 Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2021, Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia n.488).

Soñamos con una comunidad en la que “**la justicia y la paz se besarán**” (*Sal 85, 10*).

Hemos puesto como título a nuestro Mensaje **Todos somos hermanos** porque pretendemos presentar formalmente al país la última encíclica social del Papa Francisco *Fratelli Tutti* (Todos somos hermanos) en el marco del Mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial de la Paz 2021). Estamos convencidos de que el contenido de ambos documentos es providencial para iluminar nuestra compleja realidad. Tocará a cada uno aplicarlo a la realidad personal y social en la que vivimos. Nosotros nos mantenemos a nivel de los principios y valores que brotan de nuestra fe en Jesucristo y de la doctrina social de la Iglesia.

El Vicario de Cristo reconoce que su encíclica *Fratelli Tutti*: “no pretende resumir la

doctrina sobre el amor fraternal, sino detenerse en su dimensión universal, en su apertura a todos. Entrego esta encíclica social -leemos a continuación- como un humilde aporte a la reflexión para que, frente a diversas y actuales formas de eliminar o de ignorar a otros, seamos capaces de reaccionar con un nuevo sueño de fraternidad y de amistad social que no se quede en las palabras” (n. 6).

En el espíritu de la propuesta del Papa acaba de celebrarse la Primera Jornada Internacional de la Fraternidad Humana instituida por la Asamblea General de las Naciones Unidas. En esa ocasión el Papa Francisco recalcó que todos debemos hacer una apuesta por la fraternidad “porque hoy la fraternidad es la nueva frontera de la humanidad. O somos hermanos, o nos destruimos mutuamente. Hoy no hay tiempo para la indiferencia. No nos podemos lavar las manos. Con la distancia, con la prescindencia, con el menoscabo. O somos hermanos o se viene todo abajo. Es la frontera. La frontera sobre la cual tenemos que construir; es el desafío de nuestro siglo, es el desafío de nuestros tiempos” (Papa Francisco, videomensaje del 4 de febrero 2021).

Pero, ¿qué es la fraternidad? Responde el Santo Padre: “Fraternidad quiere decir mano tendida, fraternidad quiere decir respeto. Fraternidad quiere decir escuchar con el corazón abierto. Fraternidad quiere decir firmeza en las propias convicciones. Porque no hay verdadera fraternidad si se negocian las propias convicciones. Somos hermanos, nacidos de un mismo Padre. Con culturas, tradiciones diferentes, pero todos hermanos. Y respetando nuestras culturas y tradiciones diferentes, nuestras ciudadanías diferentes, hay que construir esta fraternidad. No negociándola” (Ibid.). El Vicario de Cristo concreta su propuesta: “Es el momento de la escucha. Es el momento de la aceptación sincera. Es el momento de la certeza que un mundo sin hermanos es un mundo de enemigos. Quiero subrayar esto. No podemos decir: o hermanos o no hermanos. Digámoslo bien: o hermanos, o enemigos. Porque la prescindencia es una forma muy sutil de la enemistad. Prescindir es mirar para otra parte, prescindiendo del otro, como si el otro no existiera” (Ibid.).

Después de conocer la visión del Santo Padre les invitamos a meditar con atención algunos pensamientos contenidos en la encíclica *Fratelli Tutti*. Indicamos entre paréntesis los números de los que están tomados:

- La propuesta de una fraternidad universal se fundamenta en afirmar que todos los seres humanos somos hermanos y hermanas y nos plantea retos que nos obligan a asumir nuevas perspectivas y a desarrollar nuevas reacciones (FT 128).
- Hay un reconocimiento básico, esencial para caminar hacia la amistad social y la fraternidad universal: percibir cuánto vale un ser humano, cuánto vale una persona, siempre y en cualquier circunstancia (FT 106).

- El amor al otro por ser quien es, nos mueve a buscar lo mejor para su vida. Solo en el cultivo de esta forma de relacionarnos haremos posibles la amistad social que no excluye a nadie y la fraternidad abierta a todos (FT 94).
- Todo ser humano tiene derecho a vivir con dignidad y a desarrollarse integralmente. Cuando este principio elemental no queda a salvo, no hay futuro ni para la fraternidad ni para la sobrevivencia de la humanidad (FT 107). La justicia es requisito indispensable para obtener el ideal de la fraternidad universal (FT 173).
- Las religiones no incitan nunca a la guerra y no instan a sentimientos de odio, hostilidad, extremismo, ni invitan a la violencia o al derramamiento de sangre. Las religiones están llamadas a cultivar la paz, la justicia y la fraternidad (FT 285).
- Sin una apertura al Padre de todos, no habrá razones sólidas y estables para el llamado a la fraternidad (FT 272). El proyecto de fraternidad está escrito en la vocación de la familia humana (FT 26).
- Mientras nuestro sistema económico y social produzca una sola víctima y haya una sola persona descartada, no habrá una fiesta de fraternidad universal (FT 110).

4. ¿Cuál es la mejor política?

“Para muchos la política hoy es una mala palabra, y no se puede ignorar que detrás de este hecho están a menudo los errores, la corrupción, la ineeficiencia de algunos políticos. A esto se añaden las estrategias que buscan debilitarla, reemplazarla por la economía o dominarla con alguna ideología. Pero, ¿puede funcionar el mundo sin política? ¿Puede haber un camino eficaz hacia la fraternidad universal y la paz social sin una buena política? (n. 176).

Otros muchos se preguntan por qué los pastores de la Iglesia nos interesamos en la política. Hemos respondido con frecuencia a esa inquietud. El Papa Francisco lo aclara de manera cristalina cuando afirma: “si bien la Iglesia respeta la autonomía de la política, no relega su propia misión al ámbito de lo privado. Al contrario, no puede ni debe quedarse al margen en la construcción de un mundo mejor ni dejar de despertar las fuerzas espirituales que fecunden toda la vida en sociedad” (n. 276).

“La Iglesia tiene un papel público que no se agota en sus actividades de asistencia y educación sino que procura la promoción del hombre y la fraternidad universal. No pretende disputar poderes terrenos, sino ofrecerse como un hogar entre los hogares — esto es la Iglesia—, abierto [...] para testimoniar al mundo actual la fe, la esperanza y el amor al Señor y a aquellos que Él ama con predilección. Una casa de puertas abiertas” (Ibid.).

La encíclica *Fratelli Tutti* dedica todo el capítulo quinto (n. 154-197) al tema de la “mejor política”, entendida como una de las formas más preciosas de la caridad porque está al

servicio del bien común y conoce la importancia del pueblo, entendido como una categoría abierta, disponible para la confrontación y el diálogo. Como sabemos, el bien común es “el conjunto de aquellas condiciones de la vida social que permite a los grupos y a cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente su propia perfección” (*Gaudium et Spes*, 26).

Estos son algunos de los componentes de la buena política:

- La mejor política es la que tutela el trabajo, “una dimensión irrenunciable de la vida social” y trata de asegurar que todos tengan la posibilidad de desarrollar sus propias capacidades (FT 162). En efecto, la mejor ayuda para un pobre no es sólo el dinero, que es un remedio temporal, sino el hecho de permitirle vivir una vida digna a través del trabajo.
- La mejor política es la que trata de encontrar una solución a todo lo que atente contra los derechos humanos fundamentales. La política que se necesita es la que dice no a la corrupción, a la inefficiencia, al mal uso del poder, a la falta de respeto por las leyes (FT 177). Se trata de una política centrada en la dignidad humana y no sujeta a las finanzas porque “el mercado solo no resuelve todo”: los “estragos” provocados por la especulación financiera lo han demostrado (FT 168).
- “Una vez más convoco a rehabilitar la política, que es ‘una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común’” (*Evangelii Gaudium*, 205).
- «La grandeza política se muestra cuando, en momentos difíciles, se obra por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo. Al poder político le cuesta mucho asumir este deber en un proyecto de nación” (FT 108) y más aún en un proyecto común para la humanidad presente y futura. Pensar en los que vendrán no sirve a los fines electorales, pero es lo que exige una justicia auténtica” (FT 178).
- «La caridad social nos hace amar el bien común y nos lleva a buscar efectivamente el bien de todas las personas, consideradas no sólo individualmente, sino también en la dimensión social que las une» (FT 182).

5 . Una palabra pastoral ante las próximas elecciones

Las salvadoreñas y salvadoreños iremos a las urnas el próximo 28 de febrero. Es una fecha trascendental porque juntos decidiremos el rumbo que tomarán los gobiernos locales y el Poder Legislativo en los próximos tres años.

Estamos en plena campaña electoral. Vamos conociendo los rostros y las propuestas de los distintos candidatos y candidatas que esperan que les apoyemos con nuestro voto. Según las leyes que nos rigen, las papeletas mostrarán el rostro de quienes aspiran a

regir los municipios o a formar parte de la Asamblea Legislativa. Detrás de esos rostros hay personas concretas, con virtudes y defectos, con mayor o menor interés en la búsqueda del bien común de la comunidad salvadoreña, sobre todo de los más pobres y excluidos. Es importante conocer cuáles son los principios y valores que rigen su vida como personas y como políticos.

Los obispos de El Salvador siempre nos hemos pronunciado cuando el pueblo ha sido convocado a las urnas. ¿Qué hemos dicho? Son cosas obvias que conviene tener en cuenta antes de emitir el voto:

- El voto es un derecho y un deber de todo ciudadano.
- Debemos emitir un voto consciente, libre y responsable
- Votemos siguiendo la voz de la conciencia rectamente formada y pensando en el futuro.
- Tengamos respeto y tolerancia hacia quienes no piensan como nosotros en materia política.
- Las elecciones son un pilar fundamental de la democracia.
- El país que soñamos se construye con la contribución de cada ciudadano o ciudadana.
- En una sana democracia, el pueblo debe expresar responsablemente su voluntad, la cual debe respetarse.

Queremos concluir recordando la idea central de nuestro Mensaje: todos somos hermanos. Sí, todos somos hermanos. Hemos nacido en esta bendita tierra, que el Creador adornó con paisajes tan bellos. Somos un pueblo que se ha ganado el respeto de quienes nos admirán por las virtudes que nos adornan, como el sentido de familia, el amor al trabajo, la fortaleza ante las adversidades, la gran capacidad de solidaridad y nuestra profunda fe en Dios.

Pero la familia salvadoreña atraviesa actualmente por una profunda crisis, agravada por la pandemia y el clima tan hostil que reina en El Salvador. Pareciera que hemos ido perdiendo nuestra identidad y nos hemos dejado contaminar por los antivalentes que van destruyendo lo mejor de nosotros mismos como personas y como comunidad nacional.

Esto es lo que percibimos cuando echamos una mirada a nuestro alrededor, al leer el periódico, encender la radio, al sentarnos ante el televisor o al asomarnos a las redes sociales. Y esto es lo que nos transmiten algunos de nuestros dirigentes políticos. Si esto es grave en tiempos normales, se vuelve aún más grave en tiempos de pandemia. Decía Monseñor Arturo Rivera Damas: "No hay que añadir más aflicción al afligido".

Desgraciadamente, da la impresión de que como comunidad nacional nos hemos resignado e incluso, en algunas ocasiones, quizás hemos caído en la trampa de la confrontación, de la ofensa, del desprecio del que piensa diferente. Y no sólo eso: muchos hemos perdido la capacidad de diálogo, de respeto, de tolerancia y de

solidaridad. Así es imposible poder mirar juntos al futuro para ir haciendo realidad un “proyecto de nación”. No olvidemos que, como dice el Papa Francisco: todos estamos en la misma barca y debemos remar en la misma dirección.

6. Hacia un proyecto de nación

Para llegar a buen puerto tenemos que mirar con sinceridad al pasado, marcado por la pobreza, la marginación, la injusticia y el irrespeto a los derechos humanos. Marcado también y sobre todo por distintas formas de violencia que han ido desgarrando el tejido social hasta llegar a la locura de una guerra fratricida. San Óscar Romero intentó detener la guerra y, con su martirio, se convirtió en la más ilustre de las víctimas inocentes de esta despiadada realidad de confrontación total.

Gracias a Dios, por medio del diálogo, superamos la guerra y recuperamos la vida democrática mediante la firma de los Acuerdos de Paz, en enero de 1992. A pastores como Monseñor Arturo Rivera Damas corresponde un lugar de honor en la historia de nuestra Patria por haber tenido la lucidez y la valentía de exhortar a las partes enfrentadas a una mesa de diálogo. San Juan Pablo II le sostuvo en este esfuerzo y le acompañó en la hermosa misión de ser artesano e instrumento de la paz.

El Vicario de Cristo, en su primera visita a El Salvador hizo un vehemente llamado a acabar con la confrontación armada a través del diálogo. Recordemos sus palabras: **“Eso debéis ser todos vosotros, artesanos de la paz, pidiéndola a Dios y trabajando por ella”** (Homilía, 6 de marzo 1983).

Finalmente, amadísimos hermanos, en este Año de San José y bajo su paternal mirada, les invitamos a unirnos todos en oración, invocando la gracia de Dios para nuestro país. Que Dios le conceda a nuestro pueblo elegir, en un ambiente de armonía y paz, a las personas más convenientes, las que mejor puedan legislar en favor de todos los salvadoreños y en defensa de sus derechos; y los gobiernos locales que más convengan a nuestras municipalidades. Invocamos una especial bendición del Señor para todos los salvadoreños, por intercesión de la Reina de la Paz, San José y San Oscar Romero.

Dado en la sede de la Conferencia Episcopal, San Salvador, 8 de febrero de 2021

+ José Luis Escobar Alas
Mons. José Luis Escobar Alas
Presidente de la CEDES
Arzobispo de San Salvador



+ Elias Samuel Bolaños A., sdb
Mons. Elias Samuel Bolaños A., sdb
Vicepresidente de la CEDES
Obispo de Zacatecoluca

Mons. William Ernesto Iraheta Rivera
Secretario General de la CEDES
Obispo de Santiago de María

Mons. Oswaldo Estéfano Escobar A., ocd
Economista de la CEDES
Obispo de Chalatenango

Cardenal Gregorio Rosa Chávez
Obispo Auxiliar de San Salvador

Mons. Miguel Ángel Morán Aquino
Obispo de Santa Ana

Mons. Fabio Reynaldo Colindres A.
Obispo de San Miguel

Mons. José Elías Rauda Gutiérrez, ofm
Obispo de San Vicente

Mons. Constantino Barrera Morales
Obispo del Sonsonate

Mons. Luis Morao, ofm
Obispo Emérito de Chalatenango

Pbro. Francisco Javier Morán Martínez
Administrador Diocesano
Diócesis Castrense